



Somos familia

Vive las celebraciones de la Iglesia, de la diócesis y de tu parroquia

agenda

1 noviembre

Solemnidad de todos los Santos

2 noviembre

Conmemoración de los fieles difuntos

9 noviembre

Ordenación Diaconal en la Catedral de Alcalá. A las 11 horas

15-16 noviembre

Congreso de Cofradías y Hermandades. Salón de Actos del Palacio Arzobispal

21 noviembre

Aula Civitas Dei: "La Sábana Santa". Padre Carreira, S.J. A las 20 h. en el Obispado

24 noviembre

Clausura del Año de la fe en las parroquias. Solemnidad de Cristo Rey

30 noviembre

Inicio del Año de la esperanza. Catedral de Alcalá de Henares

Durante el Año de la esperanza se publicará un nuevo boletín mensual, con formato renovado. No te lo pierdas y ayúdanos a seguir difundirlo.

La Iglesia por la evangelización de los pueblos y a favor de los perseguidos por su fe

"La nueva evangelización debe usar el lenguaje de la misericordia, hecho de gestos y de actitudes antes que de palabras. En nuestro tiempo se verifica a menudo una actitud de indiferencia hacia la fe. Lo que necesitamos son testimonios creíbles, que con la vida y también con la palabra hagan visible el Evangelio, despierten la atracción por Jesucristo y por la belleza de Dios. Nadie está excluido de la esperanza de la vida, del amor de Dios. La Iglesia es la casa cuyas puertas están siempre abiertas".

Papa Francisco, *Discurso al Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización*

Los signos de la fe

RITOS FINALES

Los ritos finales, con los que concluye la celebración, expresan la unión de la Eucaristía con la vida diaria, invitando a que ésta sea una prolongación existencial de los misterios celebrados. Analizando con detalle descubrimos seis elementos: los avisos, la oración sobre el pueblo, la bendición, la despedida de la asamblea, la despedida del altar y la salida procesional.

Mediante la *bendición final* -impartida por el obispo o por el sacerdote- Dios hace descender sus bienes sobre sus hijos. La forma trinitaria de la bendición sella la Eucaristía, que había comenzado también con la invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El altar es signo de Cristo. El ministro concluye la celebración besándolo y haciendo reverencia. Todos participamos de esa misma actitud: "*Queda en paz, santo altar de Dios. No sé si me será dado volver a acercarme a ti. Que el Señor me conceda verte de nuevo en la liturgia celeste*".

Petición mensual: *Al concluir el Año de la fe te pedimos que, fortalecidos por ella, mantengamos viva la esperanza de ser un día miembros de la Jerusalén celestial, de la que gozan nuestros hermanos que nos precedieron con el signo vivo de la fe.*



La esperanza es algo más

"La esperanza no es optimismo. Es algo más. Es una virtud arriesgada. Tener esperanza es estar en tensión hacia la revelación del Hijo de Dios, hacia el gozo que llenará nuestra boca de sonrisas.

Cuando una mujer se queda embarazada ya no es sólo mujer, es madre. La esperanza se parece un poco a esto.

Los primeros cristianos la pintaban como un ancla: la esperanza es un ancla, un ancla fija en la orilla del Más Allá".

AÑO DE LA FE

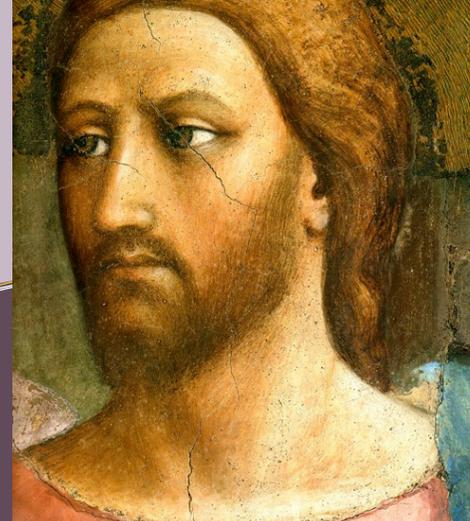
último número

Los testigos de la fe **P.1**

Creo en la **P.2**

resurrección de la carne **P.3**

Agenda, los signos de la fe **P.4**



LOS TESTIGOS DE LA FE

"La esperanza no defrauda"

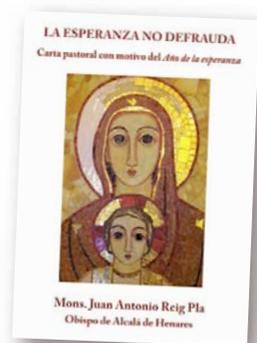
Al concluir el Año de la fe nuestro obispo, Mons. Reig Pla, nos convoca mediante una nueva Carta Pastoral a celebrar el Año de la esperanza:

"El sábado anterior al primer domingo de Adviento, en la Catedral de Alcalá de Henares, inauguraremos el Año de la esperanza. Sólo la esperanza cristiana corresponde al anhelo de felicidad que brota espontáneamente de nuestro corazón. Este anhelo no es una ilusión vana o un acto de autoengaño para escapar de los sufrimientos de esta vida.

Convencidos de que la Iglesia es portadora de esperanza y salvación para el momento presente, hemos de sentir la urgencia de la evangelización, ya que lo que está en juego es la vida eterna. Para ello hay que comenzar, con el mismo método de Jesús, formando discípulos.

Si en el Año de la fe hemos seguido el itinerario del Credo como historia de salvación, para este curso os propongo crecer como discípulos teniendo como horizonte el estudio de las Bienaventuranzas -que dibujan el rostro de Jesucristo y expresan la vocación y los rasgos del discipulado- y del Padrenuestro, resumen de todo el Evangelio.

Al iniciar este nuevo curso, volvemos nuestra mirada a la Virgen María, Madre de la esperanza. Es ella la puerta por la que ha entrado en nuestro mundo Jesucristo, en quien está depositada toda nuestra esperanza".





Creo en la resurrección de la carne

Cuando la conversación era muy interesante mi amigo Vicente me solía sorprender con preguntas profundas y difíciles. Me acuerdo que una tarde repasando recuerdos infantiles se quedó mirando al horizonte y me dijo: “Juan Antonio... ¿qué será de mí?” Yo inmediatamente le dije: “Esta es la pregunta definitiva... ¿qué será de nosotros? ¿qué quedará de todo lo que hemos amado? Nuestros afanes, ilusiones; nuestros sufrimientos y deseos... ¿todo será tragado por la muerte? Al final ¿triunfará el engaño y la injusticia?”

La respuesta cristiana es: ¡No! La muerte ha sido vencida por Jesucristo, quien aceptó morir voluntariamente para la remisión de nuestros pecados. El ha resucitado como “primogénito” de entre los muertos (Col 1,18). El es como “primicias de los que durmieron. Porque, así como por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos” (1 Cor 15,20-21). El destino del bautizado en Cristo es la resurrección, la participación en el triunfo sobre la muerte. Esta victoria se hace posible por nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo. Esta es la imagen que utiliza San Pablo. Por el bautismo somos injertados en el cuerpo de Cristo (Rom 6,5). “El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia” (Col 1,18) y todos los demás miembros están llamados a participar por gracia de su destino.

Cuando en la mañana de Pascua Cristo se presentó con su “cuerpo glorioso” a los discípulos que estaban encerrados por miedo a los judíos, les dijo por dos veces “Paz (Shalom) a vosotros” (Jn 20,19-23). Con esta palabra “Shalom” (paz) les estaba anunciando la victoria sobre la muerte, la posibilidad de reconciliación con Dios, la reconciliación entre ellos y la reconciliación de cada uno consigo mismo.

Al decir “creo en la resurrección de la carne” estamos afirmando “la resurrección de los muertos”: la salvación. No se trata de afirmar simplemente la inmortalidad del alma o la resurrección de una parte del ser humano. Con el término “carne” se designa al hombre real, débil y mortal, el que existe de un modo corporal con la herida del pecado. “Resurrección de la carne” significa resurrección de una persona que es, a la vez, cuerpo-espíritu, historia y mundo. El resucitado que se presenta con su “carne gloriosa” es Jesús, el mismo que fue crucificado. El testimonio de sus llagas gloriosas certifica su identidad (Jn 20,24-28). Por eso la Iglesia enseña que “todos resucitarán con sus propios cuerpos” (IV Concilio de Letrán, DS 801).

Por tanto a la pregunta ¿qué será de nosotros? Podemos responder: por la fe y por la gracia de Dios nuestro destino es el de Jesucristo: la resurrección y la vida eterna en plenitud. Todo cuanto hemos vivido desde la gracia de Dios nos acompañará como equipaje. Nada quedará disuelto por la muerte. Al final, para los justos, está preparada la salvación: el triunfo de la justicia y de la Misericordia.

Para profundizar:

Consulta y comenta con otros los siguientes textos bíblicos: Juan 20,19-31; 1 Cor 15,1-28; Romanos 6,4-11.

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, nº 202-206. Catecismo de la Iglesia Católica, nº 988-1014.

- ¿Qué podemos esperar después de la muerte?
- ¿En qué se funda la esperanza de alcanzar la felicidad eterna?
- ¿Qué significa “resurrección de la carne”?
- ¿Cómo lo explica San Pablo? (Cf. 1 Cor 15,35-49).

Le dice Jesús:
Mujer,
¿por qué lloras?
¿A quién buscas?
Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice:
Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.

Jesús le dice: María.
Ella se vuelve y le dice en hebreo:
Rabbuní, que quiere decir:
Maestro.

Dícele Jesús:
No me toques, que todavía no he subido al Padre.
Pero vete donde mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras”.



Juan 20,1.11-18

“El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro.

Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies.

Dicenle ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les respondió: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.